

Este óleo de 1977 confirma la progresiva obsesiva introspección que presidía ya el cuadro anterior. De hecho, se trata de un autorretrato en forma de mandorla cuyo motivo central será de nuevo unos ojos duplicados y un rostro cuyo trazo ha sido artificialmente conseguido por la adición de múltiples dedos. Los autorretratos de Sixto aparecen ya a finales de la etapa anterior, llegando a ser un tema recurrente en la década de los setenta, siendo muy frecuentes, entre 1975 y 1978, los cuadros en los que aparecen dedos rodeando o tapando su rostro, salvo los ojos, como en esta pintura.

Alrededor de tan singular faz, una miríada de elementos dispuestos arbitrariamente siguiendo su connatural barroquismo compositivo que forman una nebulosa de cuerpos, dedos, cabezas, orejas, flores, botas, hojas... El espacio se ha hecho angosto, se ha convertido en una retícula celular en la que, fuera de toda jerarquía, se aprietan el mundo vegetal, animal e incluso el fosilizado. El resultado de este todo orgánico de vida lánguida enmarcado por uno de sus característicos encajes en forma de mandorla es inquietante. Porque en este autorretrato arcimboldiano ojos y dedos han perdido su condición natural humana, en virtud del universo replegado en sí mismo que crea Sixto, se han trasmutado en símbolos que materializan plásticamente la caótica despensa de imágenes del inconsciente. Un particular jardín de las delicias, con su característica armonía tonal en verdes, al que sólo la caótica reducción miniaturista hace paraíso: cuando la mirada fragmenta y percibe el detalle, se reconoce la desventurada realidad, la trampa tendida al ser humano anulado por la futilidad del placer y las leyes alienantes de la sociedad de masas.

José Martín Martínez, *La donación Martínez Guerricabeitia. Catálogo razonado*, Fundación General de la Universitat de València, 2002, pp. 322-323.